



EXTERMANN, Grégoire y VARELA BRAGA, Ariane (eds.): *Splendor marmoris. I colori del marmo, tra Roma e l'Europa, da Paolo III a Napoleone III*, Roma, De Luca Editori d'Arte, 2016. 496 págs. ISBN 978-88-6557-292-4.

**Roberto Alonso Moral**  
**Universidad Complutense de Madrid**

Partiendo de los estudios fundamentales de Raniero Gnoli y Faustino Corsi sobre el uso del mármol polícromo en la Antigüedad, este libro explora su fortuna y aplicación artística desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del XIX (con algunas incursiones en el siglo XX).

El volumen recoge las ponencias presentadas al congreso internacional celebrado en el Istituto Svizzero de Roma y la Università degli Studi Roma Tre en 2012, a través de 27 estudios articulados en cuatro grandes bloques, en los que con gran ambición científica, los coordinadores de esta obra, Grégoire Extermann y Ariane Varela Braga, han pretendido abarcar un amplio espectro geográfico. Si bien es cierto que el grueso de las aportaciones se centran en casos italianos, se ha dado especial protagonismo a otras realidades directamente relacionadas con Italia por vía política, religiosa o cultural, como España, Portugal, Francia, llegando hasta Rusia, donde a partir del siglo XVIII se desarrolló un importante taller de piedras duras en la villa imperial de Ekaterinburgo.

En un momento en el que la materialidad artística ha alcanzado un especial vigor en los estudios —especialmente en el campo de la escultura—, contribuciones como esta resultan de máxima importancia. Tal afirmación se fundamenta en el análisis

de los contenidos, donde se abordan aspectos poco explorados en la bibliografía como el aprovisionamiento de los materiales y la localización de las canteras, la organización de los talleres, los procedimientos y los secretos del oficio transmitidos por los maestros, así como otras consideraciones históricas y debates de índole estético en torno a la jerarquía del color en las artes.

Una de las ideas de fuerza que aflora entre las páginas de este libro es el papel protagonista de Roma como principal depósito y centro irradiador de mármoles en Europa durante la Edad Moderna. Una convicción que se evidencia desde las primeras páginas con la contribución de Patrizio Pensabene, que analiza la reutilización y transformación de mármoles antiguos en la arquitectura medieval y del primer Renacimiento romano, subrayando, en línea de continuidad con otros estudios (vid. Jean-François Bernard; Philippe Bernardi y Daniela Esposito (dirs.), *Il riempiego en architettura: recupero, trasformazione e uso*, Roma, École française de Rome, 2009), la importancia concedida al reciclado de materiales.

A mediados del siglo XVI, Roma asistió a uno de los momentos de mayor sensibilidad cromática aplicada al uso del mármol, gracias a la promoción artística papal, que resultó especialmente relevante en el ámbito de la estatuaria. En este marco temático, Fernando Loffredo profundiza en el estudio de un escultor poco conocido, Giacomo Pernio da Castagnola (†1588), autor del monumento fúnebre de Paolo IV (†1559) en Santa Maria Sopra Minerva, donde se emplearon diversos mármoles de colores en gran parte reutilizados. Grégoire Extermann, aborda el interés del papa Pio V (†1572) por el uso de mármoles policromos transportados desde Roma a una de sus fundaciones más prestigiosas en Piamonte, la iglesia de Santa Croce en Bosco Marengo, lugar del que era originario. Y Giovanna Ioele profundiza en la actividad del taller Della Porta en el ámbito de la restauración y el coleccionismo de escultura antigua, así como en el uso de mármoles policromos en las obras modernas. La estudiosa destaca el papel de esta saga familiar que resultó determinante para perpetuar el empleo del color en la escultura, pues gracias a su labor formativa esta práctica fue transmitida a otros escultores como el francés Nicolas Cordier (1567-1612).

La fuerte atracción hacia el color en el mármol que experimenta el arte romano en la segunda mitad del siglo XVI se trasladó también a la arquitectura al calor de la efervescente actividad edilicia que estaba viviendo la ciudad. Carla Trovini examina uno de los ejemplos más precoces: el revestimiento policromo de varias capillas de la iglesia de Santa Caterina de Funari, dos de las cuales estuvieron ligadas al mecenazgo de eclesiásticos de origen español: Felipe Ruiz (1512-1582) y Luis II de Torres (1533-1584); Laura Gori, por su parte, centra la atención en la familia Caetani y la capilla Orsini Caetani de la Iglesia de Santa Trinita dei Monti.

El ejemplo de Roma, potenciado por su reconocimiento como ciudad santa y depositaria del legado de la Antigüedad, proporcionó un modelo de autoridad en la difusión del gusto por los mármoles antiguos para el resto de Italia y Europa, ayudando de forma inequívoca a la promoción y desarrollo de determinadas manufacturas

artísticas. Philippe Malgouyres aborda el caso de Francesco Ferrucci del Tadda (1497-1585), que trabajó al servicio de los Medici en la talla del pórfido: un material que la dinastía convirtió, según demuestra el autor, en un elemento de propaganda tecnológica y dinástica internacional. Nápoles también vio desplegarse por influencia romana una importante decoración policroma gracias a la presencia casi simultánea de Giovanni Antonio Dosio (1533-1611) y Domenico Fontana (1543-1607), después de un decisivo periodo de actividad en la ciudad eterna. Sobre ello nos ilustra Daniela del Pesco, que incide en la intervención del segundo en la cripta de la catedral de Amalfi y del primero en la cartuja de San Martino. Esa tendencia se mantiene en el *Seicento* con la actuación del florentino Jacopo Lazzari en la capilla del Balzo de la iglesia de Santa Chiara, según analiza magníficamente Sabrina Iorio, probando la perfecta consonancia y respeto de esa intervención con la historia de la capilla, al adaptar los antiguos sepulcros medievales al nuevo aparato arquitectónico.

Pero como demuestran otros autores del presente volumen, no toda Italia fue igual de permeable a la autoridad romana, demostrando autonomía en la continuidad de sus propias tradiciones. Michel Hochmann estudia el caso de Venecia, donde la familia filopapal de los Grimani empleó un conjunto precioso de mármoles policromos para la decoración de su palacio de Santa Maria Formosa que alternaba la evocación de la Roma antigua con la herencia de Constantinopla. Axel Gamp, por su parte, subraya el papel que jugaron algunas órdenes religiosas como jesuitas y oratorianos en la difusión de la decoración policroma en Sicilia, en cuyos motivos ornamentales el autor detecta evidentes referencias al pasado bizantino y normando de la isla.

Otra de las líneas argumentales de más peso en el volumen se concentra en el uso y desarrollo de los mármoles policromos en España durante la Edad Moderna. En ello nos introduce Almudena Pérez de Tudela, gracias a un artículo cargado de nuevas precisiones documentales, que centra su atención en el gusto de Felipe II por el pórfido y otros mármoles, utilizados en la decoración de la gran empresa artística del Real Monasterio de El Escorial como símbolo de magnificencia y poder. La autora, señala la importancia que ejerció a favor de su uso la presencia de algunos regalos llegados desde Italia, a los que hasta el momento no se había prestado suficiente atención, insistiendo también en el interés del monarca por prospectar las canteras españolas para la provisión de materiales. De su peritación se ocuparon los operarios especializados en su talla procedentes de Italia: Jacopo da Trezzo, Pompeo Leoni o Giambattista Comane. Precisamente, en el determinante papel que desempeñaron algunos artífices extranjeros llegados a España ahonda Bertrand Jestaz, que aborda en detalle las disputas legales que tuvo que afrontar el aún poco conocido Giuliano Menichini durante su estancia en Sevilla al servicio del virrey de Nápoles Per Afán de Ribera (1509-1571), para quién trabajó como restaurador de antigüedades y en objetos en piedras duras.

La elección de mármoles italianos en el seno de las colecciones de los aristócratas españoles con misiones diplomáticas y/o de gobierno en Italia también sirvió de impulso para ir consolidando el gusto por el mármol policromo durante el

*Seicento*, tal como nos recuerda en una puntual revisión el profesor David García Cueto. Muchos de ellos importaron piezas de Italia con el fin de destinarlas a fundaciones religiosas bajo su patronazgo. A este respecto, Felipe Serrano Estrella incide en la circulación de algunos tabernáculos eucarísticos italianos en España, tema de gran interés y aún poco explotado al que en los últimos años se está dedicando con especial entusiasmo la investigadora Marina Bozzi Corso (véase entre otras aportaciones «Polimaterismo e policromia nei tabernacoli italiani in Spagna: un inedito napoletano» en Casciaro, Raffaele (ed.), *Cartapesta e scultura polimaterica*, Galatina, Mario Congedo editore, 2012, págs. 119-140). El grueso del ensayo de Serrano se concentra, no obstante, en las normas estipuladas por la Academia de San Fernando en 1777 que impulsaron la utilización de mármoles policromos en estos elementos arquitectónicos, y cuya ejecución material recayó en el arquitecto Ventura Rodríguez y sus discípulos. Entre sus materializaciones destaca el tabernáculo de la catedral de Jaén, al que se aportan nuevas precisiones y noticias. Por último, dentro de las contribuciones dedicadas a España, es necesario destacar el estudio de Mercedes Simal López, que aborda el papel primordial que tuvo el mármol en la decoración del Real Palacio de la Granja de San Ildefonso, y para el que sirvieron tanto materiales adquiridos en Italia o Francia como otros procedentes de canteras españolas. La autora enumera, en base a nuevos documentos, las variedades marmóreas nacionales existentes y publica un inventario inédito, fechado en 1747, sobre las esculturas de la colección real colocadas en la citada residencia, lo que manifiesta una política afirmada en el uso del mármol.

También Portugal introdujo el gusto por los mármoles policromos en los espacios religiosos durante las últimas décadas del siglo XVII y las primeras del XVIII. Se trata de un territorio privilegiado por la existencia de una rica variedad de materiales líticos en las canteras del país, para cuya aplicación artística fue crucial, como Maria João Pereira Coutinho señala, la continua presencia de operarios italianos expertos en el trabajo de la piedra ya desde siglo XVI.

Especial interés reviste en este conjunto de estudios el caso de la política del mármol en Francia durante los reinados de Luis XIV (1643-1715) y Luis XV (1715-1774) que presenta aquí dos contribuciones enormemente sugestivas. Sophie Mouquin indaga en los anhelos de Luis XIV por encontrar entre los recursos minerales nacionales y coloniales mármoles susceptibles de ser competitivos en calidad con otros de referencia absoluta como Carrara, disputando así la superioridad y riqueza subterránea de Italia. Ese intento de liberarse de la importación de mármoles italianos y de convertir la circulación del mármol en una prerrogativa de Estado, lo evidencia también Sandro Lorenzatti que rastrea la voluntad del rey francés de prospectar yacimientos arqueológicos del Mediterráneo en búsqueda de esos materiales. El estudioso concreta su atención en el singular envío de un importante conjunto de columnas de cipollino –muy apreciado en Francia por sus matices de color y dureza– desde la antigua ciudad libia de Leptis Magna a Tolone entre 1688 y 1690.

Volviendo a Roma, un estudio de Alvar González Palacios demuestra cómo el aprecio por la policromía marmórea se mantuvo aún con fuerza durante el siglo XVIII.

De forma elocuente, el autor se centra en la Sala de los Animales del Vaticano, creada bajo la supervisión de Pio VI (†1799), y a la que ha dedicado una preciosa monografía que ahora completa con nuevos datos sobre los encargos realizados al escultor Francesco Antonio Franzoni (1734-1818). Esa primacía de Roma en la provisión y uso del mármol se evidencia aún en el siglo XIX con la decoración historicista de la cripta de enterramiento del papa Pio IX (†1878) en la basílica de San Lorenzo Extramuros, ejemplo de desarrollo de las artes industriales y de *revival* de las técnicas y materiales del pasado, tal como argumenta Antonella Ballardini. Nos encontramos en un momento de gran curiosidad por las piedras antiguas y modernas que se tradujo también en un apasionado interés por reunir repertorios de mármoles de colores raros, según nos enseña Maurizio Mariottini. En las intenciones de sus coleccionistas se unían la necesidad y la exigencia de sistematizar el saber documentando las riquezas minerales del nuevo estado, con el estímulo de la actividad constructiva y de la industria de las artes aplicadas.

Un último apartado de este libro se centra en el debate estético sobre el empleo de la policromía en las artes durante los siglos XVIII y XIX, bien desde la posición teórica dominante de la Inglaterra de sir Josua Reynolds (1723-1792), contrario al uso del color en la escultura, que estudia Jan Blanc, o desde la posición romántica y evocadora de John Ruskin (1819-1900), que prolonga el debate de la policromía hacia la arquitectura y la ornamentación en sus *Piedras de Venecia* (1851-1853), como nos ilustra Ariane Varele Braga. Cierra la obra la contribución de Claire Barbillon, analizando las resistencias al color en las reflexiones teóricas sobre la escultura del crítico francés Charles Blanc (1813-1882).

A modo de valoración conjunta del volumen, es obligado concluir destacando la densidad de casos y aspectos tratados, muchos de ellos enteramente nuevos, que unidos a la relevancia de sus conclusiones, y al cuidado aparato editorial, convierten a esta publicación en punto de referencia ineludible en los estudios sobre el mármol policromo en Europa.